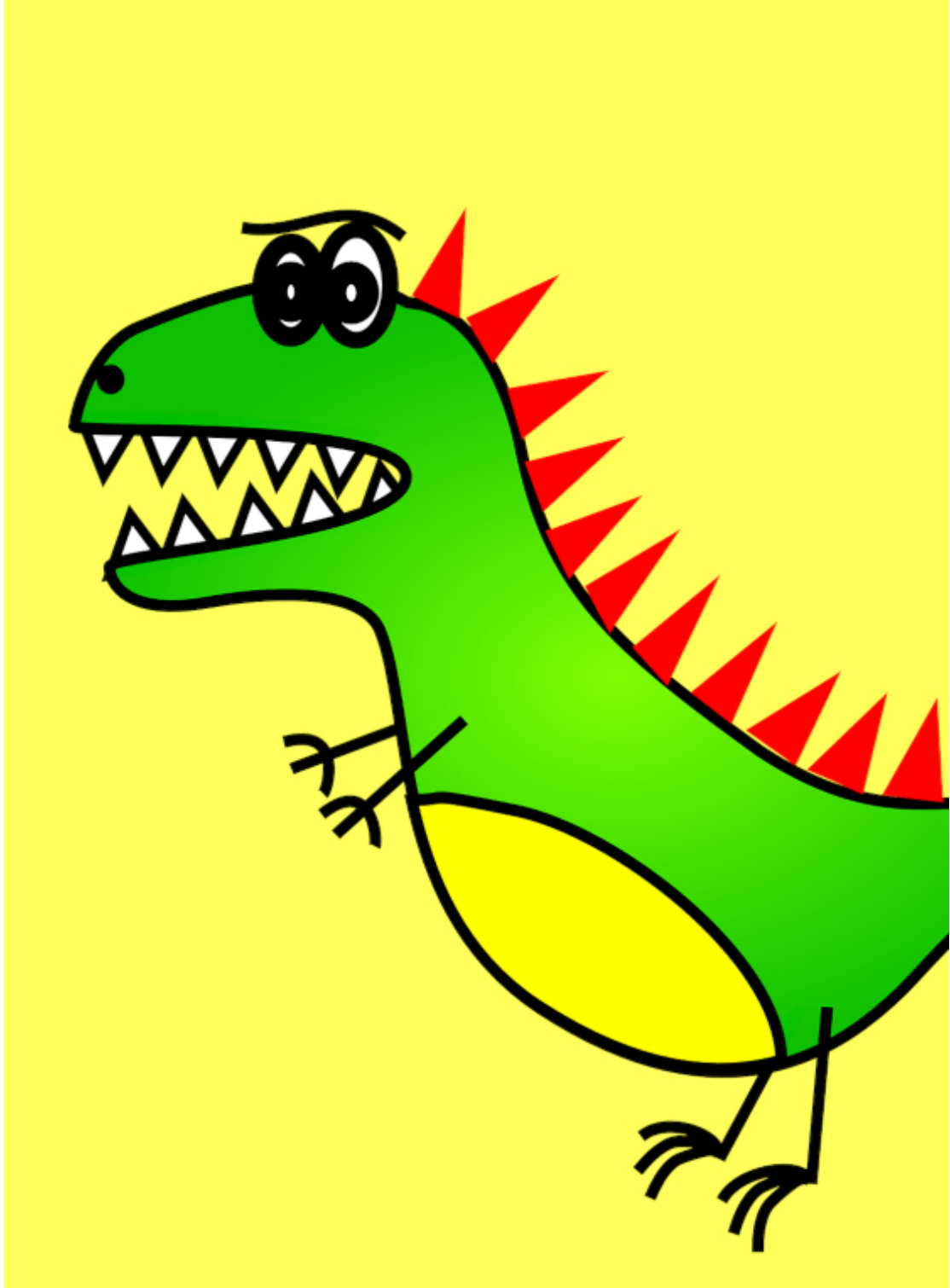


TIRANOSAURIO PUES

Andrés Echenique



Capítulo 1

TIRANOSAURIO PUES

Mi infancia no fue ordinaria. Vi y escuché cosas que no correspondían a un niño: algunas malas, otras terribles. Pero también viví sucesos maravillosos, como el día en que me vino a buscar un dinosaurio.

Mi padre era un hombre alegre —tal vez demasiado— que no solía tomarse la vida tan en serio. Gustaba de jugarse a las cartas su caudal, y a veces el de mi madre. Aficionado al vodka y a la ginebra, solía caer dormido en el sofá de la sala, inadvertidamente.

Siempre amanecía contento, sin importar lo que pasara. Cuando se dirigía a mi habitación, yo me enteraba de antemano porque lo oía silbar. Una vez dentro, empezaba con sus cosquilleos, sus bromas y sus historias fantásticas. Así era él: loco, divertido y alegre.

Mi padre seguido cambiaba empleos. Eso a mí me fascinaba, aunque a mi madre parecía irritarle excesivamente.

—Y ahora, ¿por qué te han despedido?

—Juli, es que no saben apreciar mi talento.

—¿Talento? Pero es que tú no tienes ningún talento que no sea en la cama; y a veces, ni siquiera eso te funciona bien.

—Juli, mi vida, no te me pongas pesada.

—¿Pesada yo? ¡Ja! ¡Pero que arrestos de cabrón! Con tantos hombres rogándome para que les haga caso, y yo aquí de pendeja con un alcohólico.

—Juli, es la mar de fácil: lárgate con cualquiera de ellos, pero a mi hijo no te lo llevas.

Enseguida venían los forcejeos y los manotazos. Yo me encerraba en mi habitación para no verlos ni escucharlos; pero era inútil, ya que luego les daba por subir a su alcoba y el escándalo se intensificaba. Se oían golpes en las paredes, insultos y bofetadas, cristales que se estrellaban, rechinidos de muebles y gemidos de espanto. Todo terminaba cuando mi madre rezaba con fervorosa vehemencia, en una voz muy alta: ¡Ay, Dios!, ¡ay, Dios!... ¡Ay, ay!...

A la mañana siguiente, ella amanecía alegre y él siempre le prometía:

—No te preocupes, mi Juli, yo voy a ver qué hago.

Tanto cambiar de empleos que llegó el día en que ya no lo contrataron, y tuvo que vivir de chapuzas para traer algo de dinero a la casa. Yo no sé qué magia conocía mi padre que lograba mantener contenta a mi madre a pesar de sus fracasos.

Un día pegó ella su cuerpo al de él, le echó los brazos alrededor del cuello, y mirándolo con ojos de mujer enamorada le dijo:

—Amor, necesito que pases por el niño al colegio todos los días y que te quedes en casa a cuidarlo. Me he conseguido media jornada nocturna en una farmacia; voy a estar yendo para allá al salir de la oficina. Ya ves, estamos atrasados con el alquiler.

—Sí, mi Juli. Solo voy a ir a hacer un trabajo de un par de horas. Me han dicho que es algo simple, y que me viene como anillo al dedo. Todo consiste en divertir niños y tú sabes, mi Juli, que en eso nadie me gana. Eso es temprano; más tarde paso por el enano al colegio.

Un escalofrío recorrió mi espalda. Amaba mucho a mi padre, pero sabía que por las tardes y las noches su conducta resultaba imprevisible debido a su hábito de beber. ¿Quién habría de ayudarme con mi tarea? ¿Quién habría de preparar mi cena?

Al siguiente día, un dinosaurio pasó por el colegio. Creo que era un Tiranosaurio Rex. Lo vi desde la ventana de la oficina de la dirección, donde ya llevaba más de una hora esperando a mi padre que, como siempre, había fallado a la encomienda de mi madre. No podía creer lo que veía. Estaba fascinado con el monstruo, así que pedí permiso para salir al patio y acercarme al enrejado, desde donde podría contemplarlo de cerca.

La directora se puso en pie, tomó mi mochila y jaló de mi mano bruscamente para acercarnos al tiranosaurio.

—Me imagino que usted es el padre de Jorgito.

—Sí, profesora. —Escuché una voz seca y lejana decirlo. Crecí los ojos, desconcertado. No podía creer que tuviera otro padre, y menos que yo fuera hijo de un tiranosaurio.

—Comprenderá que no puedo entregar el niño a un dinosaurio. Debe usted mostrarme la cara.

Enseguida, para terminar de desbordar mi asombro, el tiranosaurio arrancó su propia cabeza y dejó ver la de mi padre.

—Señor, tiene usted aliento alcohólico. En esas circunstancias no puedo entregarle al niño.

—¿Y por qué no? Es mi hijo y estoy en todo mi derecho. —Mi padre tenía una expresión de contrariedad en el rostro, como pocas veces.

—He intentado comunicarme con su esposa y no lo he logrado, creo que lo mejor será insistir.

—No es necesario que la llame; tan solo entrégueme a mi hijo.

La directora no le contestó. Me jaló de la mano y, mientras caminábamos hacia su oficina, vi cómo él empujaba el enrejado con su cuerpo esponjoso, mientras gritaba:

—Sí no me entrega a mi hijo, voy a llamar a la policía. Está usted secuestrando a mi hijo... ¡Maldita sea! —Mi padre volvió a azotar el cuerpo contra el enrejado varias veces.

Desde el interior de la oficina, vi cómo el tiranosaurio paseaba de un lado a otro, inquieto y enojado. Me sentí exaltado. Me preguntaba cómo era posible que mi padre hubiera llegado disfrazado de tiranosaurio. Siempre tenía bajo la manga miles de sorpresas divertidas; pero esta vez... ¡Oh, Dios!, jamás he vuelto a conocer alguien tan jocoso y ocurrente como él.

Cuando mi padre notó que lo estaba viendo por la ventana, volvió a montarse la cabeza de tiranosaurio y empezó a gesticular para divertirme. ¡Ja, ja, ja!... me descosí a carcajadas. La directora se acercó al cristal para contemplar la escena y frunció el ceño, sumamente irritada. Para entonces algunos curiosos ya se habían acercado, para permitir que sus hijos disfrutaran del espectáculo.

No tardó en llegar una furgoneta de la policía, tal y como él había amenazado. Se bajaron dos agentes y lo abordaron. Seguramente habían venido a rescatarme de la arpía que me tenía secuestrado, pensé.

Luego los policías lo tomaron de los brazos y él estuvo forcejeando con ellos, logrando zafarse de uno y tumbando al otro con el peso de su enorme cuerpo. Enseguida echó a correr alrededor de la furgoneta y los agentes lo siguieron. Después apareció corriendo en sentido contrario. Escuché las risotadas de los curiosos; para entonces ya había llegado más gente.

Cuando se cansó mi padre de correr y de bromear, se detuvo justo donde había empezado. Uno de los agentes abrió una puerta corrediza, y entre los dos intentaron introducirlo al vehículo: un oficial tiraba la cabeza del dinosaurio hacia abajo mientras otro empujaba el esponjoso cuerpo, utilizando la fuerza de su pecho y de sus brazos; después lo empujaba con la espalda. Empezó a dolerme la barriga de tanto carcajearme. Ya desesperado, el policía que se encontraba fuera de la furgoneta se alejó a una prudente distancia, adoptó una pose de jugador de fútbol americano y echó a correr para golpear con su costado el trasero de mi padre una, dos, tres veces. ¡Ooooh!, la gente exclamó cuando, finalmente, los agentes lograron introducir al dinosaurio en la furgoneta.

Ya más tarde, mi madre pasó a recogerme al colegio. En el camino a casa, dejó de conducir varias veces para romper en llanto. Ese día lloró como siempre lo hacía, aunque también como nunca lo había hecho antes.

Por la noche, casi al punto de acostarnos, mi padre llegó a casa cargando al dinosaurio. Empezaron de nuevo los gritos y los manotazos, pero esta vez mi madre tomó una sartén por el mango y empezó a golpearlo, al tiempo que él intentaba proteger su rostro con sus brazos. Yo me retiré a mi habitación a esperar que ella rezara, como solía hacerlo, para que con sus oraciones mágicas desapareciera el problema de ese día. La riña se extendió demasiado tiempo y no me di cuenta a qué hora me quedé dormido.

A la mañana siguiente, cuando desperté, el dinosaurio todavía estaba allí, tirado en el piso de la sala, pero mi padre ya no estaba en casa. Mi madre lo había echado para siempre.

Estuvo mi madre llorando muchos años su ausencia; y yo, más tiempo.

Aún hoy en día, ya con mis sienes plateadas, yo me echo a llorar cuando me acuerdo de mi tiranosaurio, pues... pues... ¡Glup!... ¡Carajo!, ustedes disculpen... me es imposible seguir contando.